

"...dónde estoy?" se preguntó "por qué no puedo moverme?", hizo un esfuerzo para hablar, pero ningún sonido salió de su boca, comprendió entonces que algo en la garganta se lo impedía. Con otro esfuerzo intentó abrir los ojos, pero solo uno obedeció. Una oleada de dolor penetró su cabeza cuando la luz pasó a través del globo ocular, así que lo cerró de nuevo. Descubrió, en un segundo intento, que estaba en una camilla, inmóvil, y un montón de mangueras y tubos se conectaban a él en diversas partes del cuerpo, e iban a dar a bolsas colgantes con líquidos y algunos aparatos.

Del miedo pasó a la calma cuando recordó lo último que había pasado antes de despertar allí y pensó, con profundo alivio "estoy vivo".

Había aparcado el coche a una cuadra del edificio. Bajó y pulsó el botón del llavero. El Ford focus negro emitió un pitido seguido del chasquido de los seguros al trabar las puertas. Buscó en la solapa derecha del traje para comprobar el bulto con el documento y, sólo por rutina, comprobó también, en la solapa izquierda, la semi automática. Y así, satisfecho, caminó hacia la entrada de la sucursal del Province Bank. Pasó al interior junto a, más o menos, ocho o diez personas, casi todas vestidas de traje. Se dirigió a la taquilla y tomó un número, como todos los demás. Cerca habían unas seis personas más. La vibración del móvil indicó que había recibido un mensaje, así que lo cogió y lo desbloqueó, haciendo caso omiso a todos los carteles que prohíben hacer eso en un banco. El nombre que aparece en la pantalla pertenece al comprador, bien, pero justo cuando abrió el contenido del mensaje, una voz rasposa retumba por todo el silencioso banco:
AL SUELO TODOS! ESTO ES UN ASALTO!

"no, maldición, no!" pensó, "esto no puede estar pasando", su cerebro no podía tragar lo que estaba sucediendo. Levantó las manos y se arrodilló, como la voz ordenó que hicieran. Sintió el torrente de adrenalina que recorría su cuerpo rápidamente cuando pensó en la sig sauer calibre .45 que llevaba en su funda debajo del saco. Respiró profundamente y cerró los ojos, intentando pensar con calma. Los abrió de nuevo y observó:

eran cuatro hombres, llevaban traje y corbata, y sus rostros estaban cubiertos por medias de mujer. Uno de ellos, el que parecía ser el líder, iba armado con una H&K Mp5 de 9 milímetros, los otros tres llevaban armas cortas, al parecer y por lógica, del mismo calibre. Su entrenamiento en la división anti terrorismo, extorsión y secuestro tomó el control de él, y no pudo sino reaccionar cuando vio que, después del discurso clásico del cabecilla, comenzaban a separarse.

Era ahora o nunca.

Ya habían reducido y puesto fuera de combate a los centinelas, que yacían en el suelo, amordazados y atados de manos y pies con candados plásticos, el siguiente paso sería agruparlos en algún sitio para que uno de ellos les apuntara mientras los demás recogían lo que fuera que hayan ido a buscar. No le importaba en absoluto el robo, pero no iban a tomar nada bien si llegaran a revisarle y encontrasen...

No tuvo alternativa, o al menos no vio ninguna otra en ese momento, aprovechó a dos personas que estaban delante y llevó su mano hacia el saco y aferró la culata de la sig sauer, y de pronto, el tiempo pareció transcurrir con desesperante lentitud.

No puedo contar la cantidad de maldiciones que dijo, o creyó decir, en el tiempo que transcurrió desde que cogió el arma hasta extender el brazo frente a él y apuntar al hombre que tenía la Mp5, a poco más de cinco metros. Lo que sí pudo decir es que ese momento fue suficiente para quitar el seguro, cargar la recámara y amartillar, tirando hacia atrás del carro, y presionar levemente el gatillo.

Lo que sucedió después pasó tan rápido que pareció no haber pasado: el trueno del disparo retumbó por todo el edificio. El calibre .45 acp de punta hueca, en el arma que sea, es una potente munición, creada para, así dicen, detener a un agresor y frenar su avance, lo que yo vi, sin embargo, fue una cabeza humana hacerse pedazos tras un impacto brutal. Trozos de hueso y materia encefálica cayeron esparcidos por el suelo, y el

cuerpo se desplomó al verse de pronto despojado de la vida que lo sostenía.

Pensó enseguida en la premisa universal que dice "divide y vencerás" y pudo haber sido así, pero no siempre las cosas son tan fáciles. Sabía que por algo los otros tres no estaban al mando y, a menos que no fueran seres humanos, no estaban esperando a un pistolero sorpresa, y en ese primer segundo estarían tan aturdidos como el resto de los rehenes. No pudieron ubicar la trayectoria del disparo, así que saltó lejos de la gente para evitar exponerlos, y durante el salto, apuntó y disparó dos rondas, esta vez al pecho; no podía arriesgarse con la cabeza mientras estaba en movimiento. Ambas impactaron con una furia asesina incontenible sobre el sujeto, dejando el cuerpo inerte y destrozado sobre un charco de sangre.

Pasó demasiado tiempo, y los otros dos habían reaccionado, y apuntaron sus armas al único objeto en movimiento que había en todo el recinto, y antes de caer al suelo, habían descargado entre seis u ocho ráfagas, que agujerearon salvajemente los escritorios, sillas y aparatos que encontraron en su mortal trayectoria, haciendo saltar trozos de madera, plástico y algodón. Uno de los sujetos, ahora envuelto en una blanca y espesa humareda, vio con espanto el momento en el que un proyectil penetraba el manto blancuzco y le golpeaba el plexo solar con la fuerza de una bola de demolición; no pudo ver, mas sí sentir, para su desgracia, el segundo proyectil.

Los otros dos disparos no iban dirigidos a él, pero el otro blanco ya no estaba en el sitio que había ubicado y las balas dejaron su mortal impronta en una columna de concreto. Para cuando logré ver al último asaltante, era demasiado tarde. La figura surgió de entre la nube de humo. No pudo ver su rostro aunque ya no llevaba puesta la media de nylon, sólo pudo ver sus ojos encendidos de pura furia, y de pronto, a centímetros de su rostro, el cañón del arma.